HAMBURGO

Concha Gómez

*Una cocina. Una radio. Mesa central, sobre ellas restos de una sencilla comida. Sobremesa. Dos mujeres charlan en torno a un café. 1964. Hamburgo.*

Andrea.- ¿Te he enseñado la foto de mi cría? *Se levanta, abre un cajón, extrae un sobre. De él unos papeles y un par de fotos.* Mira.

Ana.- ¡Qué guapa está!, ¡Cómo se parece a ti!

Andrea.- Bueno… los ojos son más de su padre y la boca.

Ana.- ¿Cuántos años tiene ya?

Andrea.- Cinco. Se eterno que llegue el verano. Nos vamos a España. A verla.

Ana.- ¡Como se nota que es hija única!

Andrea.- Igual sÍ. Pero si fueran más, haría lo mismo.

Ana.- Pues es un dineral marcharse así, sin más. ¿Te la vas a traer?

Andrea.- A mí me gustaría, la verdad. Llevo un año aquí y creo que mi hija tendría un futuro mejor en Alemania. Pero la he dejado al cuidado de mis padres y cuando se hagan mayores, deberían recibir al menos lo que dan ¿No te parece? Pero tengo dudas, Ana ¿Te das cuenta de lo diferente que es todo aquí?

Ana.- Claro que me doy cuenta… ni que fuera tonta, aquí hace un frio del copón y estos “cabezas cuadradas” no saben divertirse… además, nos miran como si fuésemos turcos.

Andrea.- Algunas veces no te entiendo. Se está convirtiendo en una costumbre llamar a los alemanes “cabezas cuadradas” y son ellos los que nos dan el trabajo ¿Y qué es eso de ser Turco? Son gente como nosotros: trabajadores. En su país no pueden avanzar, quieren un futuro para sus hijos… yo no veo que haya diferencias. Porque ni tú, ni yo, hemos venido a este país para hacer turismo.

Ana.- *Con sorna.* ¿Qué no somos diferentes a los turcos? Para empezar huelen rarísimo, para mí que no ven el jabón en meses.

Andrea.- ¿Y no será porque ellos cocinan de forma diferente a nosotros…? El otro día, perdona que te diga, pero tú llevabas una peste a sardinas que “tiraba para atrás”…

Ana.- *Aceptando la crítica, cómplice.* Pero bien ricas que estaban… ¿eh?

Andrea.- De rechupete. ¿Sabes? Cuando viva con la cría en Madrid, no conseguía darle sardinas para comer… no le gustan nada. *Con divertida nostalgia.* Y mira tú por donde, salgo un día a la compra y se la dejo a mi vecina Lola; total, que cuando vuelvo, veo a la niña comiendo tranquilamente una sardina asada en su casa… y me dice tan campante mi vecina: mira, y tú decías que no le gustaban las sardinas…. *Sonríe con ternura.* Los críos son placer de casa ajena.

Ana.- Tú dirás lo que quieras pero los Turcos en Alemania tienen una fama de vagos que es para echarlos de comer a parte… Mira en el trabajo. En cuanto pueden meter a un español en uno de sus puestos, lo meten. Si es que somos unos currantes. Yo echo mucho de menos a mí Juan… estoy muy cansada de tener que tirar yo sola y en mis circunstancias. ¿Sabes Andrea?: algunas veces pienso que las mujeres estamos hechas de otra pasta… que sobre nuestros lomos recaen todos los pecados de los hombres… que aguantamos demasiado.

Andrea.- Pues a mí me hace sentir mejor saber que soy capaz, que puedo. ¡Mira el primo de mi marido!… se vino para acá y dejó a la mujer con los chavales allí. Ella decía que no podría vivir sin sus hijos ¿Y qué ha conseguido para sus hijos? El marido aquí, gastándose el dinero en el coche, en un reloj sumergible y en… bueno me voy a callar… y ella allí, sola, sin que a sus hijos les llegue la sopa al caldo. Si hubiese tirado, ya estarían de vuelta y sus hijos en mejores condiciones.

Yo he venido aquí a mejorar…. A arrimar el hombro y tirar de mi marido y a llevármelo para allá en cuatro años. Con un futuro claro o con una mano delante y otra detrás, pero juntos. Al volver, mi hija y nosotros tendremos un porvenir.

Ana.- Bueno es que tú te has venido teniendo ya, un futuro.

Andrea.- ¿A eso le llamas futuro? Yo, sin encontrar trabajo, mi marido esperando a que cierren la óptica y le pongan de patitas en la calle… las cosas no pintan bien y lo sabes.

 Ana.- Este no es mi sitio, no me adapto… ya ni canto.

Andrea.- Pues yo sí. Además mi cuñado se ha puesto en contacto con Radio Nacional de España ¿Sabes? Graban cintas de magnetofón con música española para los emigrantes… y me ha conseguido dos. Como él tiene un Groundig me las pongo “a tó meter” los domingos en casa… hay que adaptarse a las circunstancias. Adaptarse, no es resignarse… ¿Hay que estar a lo que se está y no darle vueltas a las cosas, Ana: ¡solucionarlas!.

 Lo tuyo ha sido mala suerte nada más. Pero tienes que reponerte y seguir para adelante… tomar decisiones, y dejar de quejarte. Si lo que te ha ocurrido hubiese ocurrido en España, al día de hoy… si que tendrías problemas... así que reconoce que estos “Cabezas cuadradas” al menos para los derechos de los trabajadores nos dan mil vueltas y tú lo has visto en carne propia. *Se da cuenta de que está siendo muy dura.* Perdona. No te debería de haber hablado así.

Ana.- No, si te entiendo pero y a ti, cuando vuelvas ¿Qué te espera allí? A mí me da miedo volver…

Andrea.- A ti te da miedo volver y quedarte, te da miedo todo… y el miedo solo consigue que te quedes estancada, ahí, en la ciénaga… con tortilla de patata o Katofen salad. Pero en el mismo sitio. No es el sitio, sin uno mismo lo que ha de moverse. La patria está en ti. Si yo he dado el paso de dejar a mi hija con mis padres es para salir adelante. No puedo pararme a analizar… aquí hay trabajo y dinero y son dos cosas que necesito para mí, para mi familia, pero sobre todo para mi hija. Y al venir aquí he visto lo mucho que nos falta. Salir de tu país también te da oxígeno. Y el oxígeno es el alimento de los cerebros… Anita.

Ana.- ¿Tú crees que cuando vuelvas te va a reconocer tu hija? Dos años son mucho tiempo.

Andrea.- Mira… *Le muestra los papeles del sobre.* Siempre que escribo a casa incluyo un par de papeles con una muestra de letra y con unas cuentas… a vuelta de correo, mi hija me manda los deberes y yo en la siguiente se los corrijo y la digo como tiene que hacer las cosas… es una forma de seguir allí… sus abuelos la leen las cartas.

Ana.- ¿Todas? ¿La de la operación de Luis también?

Andrea.- También. Mi hija tiene que ser una mujer fuerte. Nadie sabe lo que le espera a la vuelta de la esquina… y en España, para las mujeres no fueron las cosas fáciles nunca, pero ella las cambiará. Ella y las que ahora son niñas como ella, si sus madres les mostramos la realidad, si les enseñamos a pensar por ellas mismas, a ser mujeres independientes.

Ana.-¿Pero cómo le explicas una operación de estómago a una niña de cinco años?

Andrea.- Solo se lo digo. Le digo la verdad y espero sus preguntas, las que quiera hacer. Se las contesto y ya está, Ana no es mucho más. Tú con tu hijo deberías hacer lo mismo.

Ana.- Explicarle que a su padre le ha aplastado una máquina hace 8 meses. Que vivíamos en un piso compartido de mierda, que estoy en una empaquetadora trabajando de lunes a viernes y que los fines de semana solo lloro. Que con el dinero de la aseguradora me ha llegado para comprarme este cuchitril y poco más… que he salido alguna vez a la Casa de España y que allí solo hay hombres españoles que están solos, que me persiguen con los ojos y que me creen una presa fácil… ¿le cuento todo eso?

Andrea.- Tu hijo es ya un mocito, está con tu hermana, sabrá comprender y valorar. No tenéis derecho a mentirle por protegerle. Ha perdido a su padre y tiene que saberlo. Si no se le explicas, nunca te lo perdonará. Continuar sola aquí para poder mandar dinero a tu familia… ocultándoles tu situación y seguir… tiene mucho mérito, pero no es bueno ni para ti, ni para ellos, hay cosas que no se deben callar. Él superará todo eso y tú tienes que superarlo para poder seguir, Ana… no hay que olvidar nunca quienes somos, ni de dónde venimos, pero quedarse anclado en el pasado es un error… el rencor te envuelve al final y te confunde. Tu objetivo es asentarte aquí y traerte a tu hijo ¿No? No debe distraerte nada, nada Ana ¿Me oyes? Nada. Seguir. De eso se trata.

Ana.- Tu pareces tenerlo tan claro.

Andrea.- No creas. No me vine convencida y los sabes, pero una vez aquí… Éste es el futuro y no sé si en España lo vamos a conseguir mantener, pero quiero volver… y por otra parte pienso que si me quedo en España voy a apartar a mi hija de todas estas puertas que aquí se le abrirían… luego vuelvo a pensar que mis padres se han hecho cargo de ella este tiempo, que se harán mayores y que no puedo devolverles el favor dejándoles solos… Pero si tengo una cosa clara: Serán cuatro años, nada más que cuatro años o me quedo para siempre.

Ana.- ¡Dios te oiga!

Andrea.- ¡Dios no está para los que emigran! Quizás seamos demasiado pequeños, demasiado simples para él.

Oscuro

1965. *Hamburgo. Cocina. Andrea y Ana. Ana a la mesa. Andrea canturrea 'Poupée de cire, poupée de son', ganadora del festival de Eurovisión del 65*

Andrea.- El otro día los Gazzmann, nos invitaron a su casa…! ¡más majos¡.

Ana.- ¿Pero te entiendes con esa gente?

Andrea.- A ver… llevo tres años aquí, lo lógico es que muestre un poquito de interés por el idioma. Cuando vuelva a España voy a seguir estudiando Alemán… total ya llevo la práctica.

Ana.- ¿Y para qué te va a servir a ti el Alemán en España, Andrea?

Andrea.- Para saber. Simplemente para saber y para decirle a mi hija que los idiomas son muy importantes y que hay otros países diferentes.

Ana.- “España es diferente”

Andrea.- Si, pero no en ese sentido… mira, no nos engañemos: aquí se respira libertad, posibilidades. Otra mentalidad… nosotros estamos muy atrasados y con Franco ahí… pisando. Nos hacen creer que todo lo que está fuera de España es peor… pero cuando sales te das cuenta de que no hay nada peor, ni mejor, es todo diferente, simplemente diferente. Y yo quiero que mi hija piense así… que todo puede ser diferente y tener sus cosas buenas y malas. Que sepa discernir y quedarse con lo mejor de todos los mundos. *Pausa* Dejémonos de ponernos interesantes. ¿Qué tan con Julián?

Ana.- Bueno… Hemos salido al cine un par de días y nada de meterme mano. Es muy respetuoso y además sabe planchar… mañana le voy a invitar a casa… me da no sé qué, a ver si se cree que soy una fresca… pero me hace “tilín”… y necesito alguien que me quiera y que esté en casa. Cuando entro… da cosa entrar en casa sola. No me acostumbro.

Andrea.- Pues hace un año bien te quejabas de tener que compartir piso.

Ana.- Tienes razón… el otro día estuve con las chicas… y sabes qué cuando les conté lo de Julian me dijeron que a ver si era “sarasa”… porque eso de no tocarme y saber planchar…

Andrea.- Lo que te digo Ana, que hay gente que no avanza. Mira Luis… el otro día estaba haciendo la colada tan ricamente cuando llegue… me lo puso todo perdido de agua, claro está, pero nadie nace sabiendo. Mientras que yo trabajo fuera, las cosas de casa las hace él y mientras él está fuera las cosas de casa las hago yo. Cada uno su trabajo. Cuando tenemos libre los dos, pues a medias… así descansamos o terminamos antes y podemos salir.

Ana.- Cuando digo yo que tienes las cosas claras.

Andrea.- Más claras que el caldo de un asilo, Ana. Y cuando llegue a casa me voy a quedar con mi niña todo el tiempo del mundo. A contarla cosas, a jugar… ¿Sabes? La terraza de casa es muy grande… voy a poner tiestos y tomaremos el sol juntas.

Ana.- ¿No crees que te has precipitado un poco comprando el piso?

Andrea.- No. Luis fue a verlos el verano pasado mientras yo estaba con la cría. Cuando lo vio me llamo y allí me presenté con mi niña y después con mis padres… A ellos no les gustó mucho, porque dicen que estaba lejos del centro de Madrid, pero ya verás cómo en unos años, estamos a un estornudo de la puerta del sol. ¿Te he enseñado el plano?

Ana.- Unas quince veces…

Andrea.- El otro día fui a ver una habitación para mi Carmen…. Una cama nido. Allí no han llegado todavía. Así cuando vengan sus amiguitas, podrán jugar y sentarse en la cama como si fuera un sofá.

Ana.- ¿Sabes? Estoy pensando traerme a mi chico para acá. Últimamente le noto más distante, desde que le dije lo de su padre… no sé si acabó de entender lo que pretendía al ocultárselo y me da miedo perderle.

Andrea.- Pues coges el tren y te plantas allí.

Ana.- ¡Menudo dineral!

Andrea.- Hay un puesto de camarera en el Planthen und bloomen, para las terrazas de verano… Ahorras un poco y te marchas para allá. Llévale cosas de aquí… postales, discos… ropa… revistas…

Ana.- ¿Revistas? Pero si no sabe alemán.

Andrea.- Y qué más da. Lo importante es que sepa que éste es otro mundo.

Ana.- Si, un mundo precioso que tú quieres abandonar.

Andrea.- No, no quiero abandonar este mundo, quiero volver al mío y ayudar a que cambie… quiero que se sepa que más allá de la frontera hay gente amable como los Gazzman, capaz de abrirles las puertas a un matrimonio español con el que intercambian, a duras penas, alguna que otra opinión… y gestos, muchos gestos. Y tú puedes hacer lo mismo aquí, con tu hijo… A mí me atan cosas en España… mis padres están solos y son mayores… debo de ir. Pero tú aquí y yo allí, ayudaremos a cambiar las cosas.

Ana.- Algunas veces pienso que tienes las metas en las nubes.

Andrea.- Si, pero los pies en el suelo. Ahorra, vete a España y tráetele. En dos años hablará Alemán mejor que tú y que yo juntas… igual conoce a una rubita aquí…. Y os quedáis para siempre.

Ana.- Yo quiero morirme en España. Es mi país, que me entierren allí.

Andrea.- *Pausa* ¿Sabes cuál es mi país? Aquel que me cuida, que me acoge y que le da de comer a mis hijos. No te engañes, los países son un invento de los hombres, ningún país nace con fronteras… mira España… sin ir más lejos. Yo vuelvo por mi familia, esa es mi patria. No por España, ni tan siquiera por Alemania. En nombre de los países, de sus nombres, de sus fronteras o de Dios, ha muerto demasiada gente… y hemos sido infelices otra mucha. *Relajando algo el tono.* Menos mal que nuestros hijos cambiarán toda esta mierda, Anita.

Ana.- ¡Dios te oiga!

Andrea.- Mal nos va a ir si lo dejamos todo en manos de Dios. ……………………………